

El acelerador de partículas, de Julio Trujillo

Ricardo M. García

La medida justa de un poema: la incandescencia de los versos y su reverberación, ése era un paradigma que funcionaba o funciona en ciertos modelos de la lírica, aunque resulta visceral y poco asertivo para descubrir la creación poética. Es cierto que es una manera de apreciación y la justa medida que puede ocasionar la lectura de Miguel Hernández, algunos pasajes del *Romancero gitano* de Lorca o la prosodia a la que nos induce un escritor como Raúl Zurita en *INRI*. El poeta como un ser alejado o como solitario enigma que protesta frente a la concurrencia y regularidad de la sociedad. Versos encendidos frente a discursos medidos, pulidos con esmero y corrección.

Así ha sido parte del desplazamiento de la lírica. El movimiento del romanticismo frente a una creación ilustrada, un modernismo frente al positivismo decimonónico. Ése es el movimiento pendular que señaló Paz de manera certera en *Los hijos del Limo*: “El sentimiento y la conciencia de la discordia entre sociedad y poesía se ha convertido, desde el romanticismo, en el tema central, muchas veces secreto, de nuestra poesía”. El enfrentamiento del espíritu individual frente a la masa colectiva. De ahí que un poeta tuviera que alzar la voz.

Comienza el poemario *El acelerador de partículas* con una cita de Lucrecio como epígrafe: *Su unión no es un compuesto heterogéneo, sino sencillez eterna*. Entonces, pienso que este libro será más de ideas que de ironías, más de humor que de ritmo. No es una lírica incendiaria, adelanto. Pero me equivoco. Comienza una sencillez eterna, el ritmo de los versos que se transmiten sin pompa ni protocolo. No es La Poesía, sino la *poesía* que se comparte. Versos

para caminar la ciudad o la tarde. Así empieza este libro de versos y la música que sostengo en mis manos, con sencillez.

En pleno siglo XXI Lucrecio da un guiño de lucidez a los ojos de un anacoreta. Es la arquitectura de un templo antiguo para una práctica ancestral: el canto poético. Así comienza el libro, publicado por Almadía, de un Julio Trujillo que, como él mismo describe su condición de hombre posmoderno en *selfie*, se desvanece con tan solo nombrarlo, su misma percepción choca a contrapelo con las consonantes de su nombre, como un guante atravesado por dedos o cuando tasa el agua que trata de contener en una red. El escritor diluyéndose poco a poco, en los límites de su lenguaje, al filo de su reacción atómica.

Tira una flecha hacia *De rerum natura*, un clásico que resalta la sencillez y su manera de ir deshilvanando el centro de la materia filosófica: cuál es la naturaleza de las cosas y su misterio, cómo se mantiene unida la materia y cómo se explica el vacío, cómo dar con la clave del átomo y, en fin, cómo la mente se vuelve mente, y cómo la naturaleza carece de dioses. Un universo que se revela prodigioso sin la maravilla desprovista del dogma. Así este poemario también, pero con modestia, busca su propia *natura*. Utiliza la figura del creador, el demiurgo que nos transmite su experiencia, como hilo conductor que siempre deja de existir o existe sólo un poco en los confines del poema. Una lírica con piel de oveja, descubro más tarde. Una lírica que es conocimiento en sí misma.

Un acelerador de partículas es una herramienta, un instrumento de investigación científica en el campo de la física y funciona por medio de campos electromagnéticos (ya sean tubulares o circulares) que

aceleran a gran velocidad las partículas de un elemento. Las partículas chocan, crean nuevas partículas, o no las crean, y esta reacción permite estudiar un elemento de manera completa y compleja.

Nuestro *acelerador de partículas* en cuestión es de forma circular. Los aceleradores circulares se utilizan para el estudio atómico. No podría ser más adecuada la metáfora para el poemario. De un lado tenemos las partículas de la realidad y su carga, por el otro la lírica, en cabeza del poeta, y su pulsión eléctrica. Y lo que ocurre frente a nuestros ojos es una reacción que antes no adivinamos. Las partículas (la realidad y el poeta) se alteran, crean algo nuevo y, tal como ocurre en el experimento, las nuevas partículas se gestan inestables y desaparecen. Así el poema. Su conjunción nos permite estudiar reacciones que se encuentran agazapadas y conocer una nueva realidad. Frente a las filas interminables del cereal del “Blues del supermercado”: “tú mismo eres la espiga que se abre / a mil destinos”. Lo que ocurre dentro también ocurre fuera. O en “Discos”, momentos de parpadeo en los que el juego de un *frisbee* viaja entre los hijos del escritor y él mismo, y los coloca a orillas del universo; el *frisbee* crea un universo propio al atardecer, en el que nada más existe, o existen ellos y el atardecer en un universo paralelo.

El libro tiene vigencia ahora que la ciencia alcanza a la poesía, o que el arte se vuelve mentirosamente un matemático de las formas, las instalaciones y los *performances* verbales. Con *El acelerador de partículas* se da testimonio de que la poesía ha sido transformada por la ciencia del lenguaje. **U**

Julio Trujillo, *El acelerador de partículas*, Almadía, México, 2017.